

CAPÍTULO III

ENEMIGOS QUE DEBEMOS COMBATIR

Ya hemos indicado cuáles son esos enemigos.

1.º *El demonio*; el demonio, que *anda siempre como león, rugiendo alrededor de nosotros, buscando á quien tragar*, tomando para ello infinitas precauciones, *probando*, por todos los medios que le sugiere su odio, á ponerse en relación con todo lo malo y corrompido que hay en nosotros.

2.º *Las inclinaciones al mal*, que, como ya hemos dicho, *nos arrastran con fuerza hacia lo que nos agrada ó lisonjea*.

Estas inclinaciones son el principal enemigo.

«*El enemigo doméstico es el más dañoso*», dice san Bernardo. «*Para una plaza sitiada no hay peores ni más peligrosos enemigos que los que están dentro*», añade san Ligorio. En vano nos atacaría el demonio si no fuese por *nuestras inclinaciones sensuales y depravadas*; por eso procura apoderarse de ellas, y las halaga, las acaricia y las excita.

A este fin se sirve de *nuestros sentidos*, impresionándolos mediante la vista ó el contacto de los objetos exteriores; de *nuestras facultades*, turbándolas, cegándolas y apartándolas de su fin: con el auxilio de estos medios, no sólo nos hace *cometer el mal*, sino que *nos va quitando poco á poco el horror al mal* y nos induce á *quererle*. El pecado, que en un principio nos

asustaba, se nos presenta ya menos grave, después indiferente; luego, por efecto de la costumbre, nos parece en cierto modo necesario.

A esas *inclinaciones* hemos de hacer guerra, procurando, con el auxilio de la gracia, debilitarlas, reprimirlas, destruirlas; estos son los enemigos contra los cuales debemos combatir enérgica y continuamente; pues, como dice san Bernardo, «*son hierbas venenosas, que por más que se corten siempre retoñan*»; «*son bestias feroces*, dice San Gregorio; *pensamos haberlas matado, pero siempre están vivas.*»

Las encontramos en *nuestro espíritu*, y son las que nos excitan á la independendencia, debilitan en nosotros el respeto á la autoridad, hacen que nos descuidemos en nuestros deberes y los omitamos sin escrúpulo. *En nuestro corazón*, y éstas nos inclinan á las amistades demasiado naturales ó al apego excesivo á la familia, y así entibian el amor á la oración y la abnegación, exponiéndonos á caídas humillantes. *En nuestros sentidos*, y éstas nos inclinan á la vida muelle y rutinaria, á huir de toda sujeción, y presentándonos la vida religiosa como carga pesada é insoportable, nos inducen á la murmuración y algunas veces á la rebelión.

Estas diferentes inclinaciones, en una cosa se avienen é identifican, y es que nunca se presentan ante la religiosa en *su real y verdadero punto de vista*, porque entonces causarían horror á su delicada conciencia; ¡qué religiosa había de querer, á sabiendas, ser *desobediente, sensual, rebelde?*..... Por eso se le representan

á través de un prisma engañoso que *desfigura la gravedad, disminuye la fealdad y los efectos de estas inclinaciones;— como actos de poca importancia, que sólo perjudican ligeramente, y quizás en nada, á la perfección de la vida religiosa.*

Esto es lo que se llama *ilusión*.

El alma inexperta se deja llevar de estas *ilusiones ó apariencias que muestran las cosas de una manera muy distinta de la realidad; se deja arrastrar por estas inclinaciones, y así es como poco á poco va cayendo en la relajación, en la tibieza, en el descontento, y algunas veces en el desorden.*

Vamos á examinar y refutar estas *ilusiones*; trataremos de:

Las ilusiones sobre el espíritu religioso.

Las ilusiones sobre la obediencia.

Las ilusiones sobre la pobreza.

Las ilusiones sobre la castidad.

Las ilusiones sobre los peligros de la vida religiosa.

Las ilusiones sobre el mérito personal.

Las ilusiones sobre la perfección.

Mas para comprender bien la gravedad y el peligro de las ilusiones que tenemos que combatir, es necesario tener datos precisos sobre la *naturaleza* de las diferentes cosas que éstas ilusiones nos muestran como no son, y esto es lo que vamos á hacer.

ARTÍCULO PRIMERO

Ilusiones sobre el espíritu religioso.

Explicaremos:

- 1.º *La naturaleza del espíritu religioso.*
- 2.º *La práctica del espíritu religioso.*
- 3.º *De qué manera nos manifiesta la ilusión el espíritu religioso.*
- 4.º *De qué manera destruye la ilusión el espíritu religioso.*

I

Naturaleza del espíritu religioso.

El espíritu religioso es el espíritu cristiano en su más alto grado de santidad.

El espíritu cristiano es el espíritu de Jesucristo, y nadie puede ser cristiano si no piensa y obra como pensaba y obraba Jesucristo.

Por medio del bautismo nos hacemos cristianos, en cuanto pertenecemos á Jesucristo y El nos recibe como miembros de su familia; pero no somos verdaderamente cristianos sino en cuanto pensamos y obramos como Jesucristo.

Ahora bien; el pensamiento y el acto, que resumen la vida entera de Jesucristo, los indica san Pablo en estas palabras: «*Al entrar en el mundo Jesucristo, dijo: «No has aceptado sacrificios ni ofrendas, pero me has formado un cuerpo. Los holocaustos y las víctimas por el pecado no te fueron agradables, y entonces*

«dije: Heme aquí que vengo. Escrito está de mí
 »al principio del libro, ¡heme aquí, Dios mío,
 »dispuesto á cumplir tu voluntad!» (Heb., x, 5, 7.)
 Es, pues, el espíritu de Jesucristo *espíritu de
 abnegación, de dependencia, de renunciación.*
 Jesucristo reconoce de la manera más auténtica
 que no se pertenece; que no existe para
 sí; que ha recibido un cuerpo únicamente para
 inmolarlo á la gloria de su Padre y para la sal-
 vación del género humano, y esta inmolución
 la hace de antemano con una voluntad pronta,
 generosa, tan libre como sumisa.

Almas consagradas á Dios, ¿no habéis pro-
 nunciado también esas palabras de Jesucristo
 en el día de vuestra profesión? Y si no son las
 mismas en cuanto á los términos, ¿no lo son
 en cuanto al *pensamiento*? ¿No os entregasteis
 entonces enteramente á Jesucristo como El se
entregó á su Padre? La donación de todo
 vuestro sér, ¿no fué también, como la de Jesu-
 cristo, pronta, generosa y tan libre como su-
 misa? ¿No os habéis puesto, como Jesús, bajo
 la dependencia de Dios y de aquellos á quie-
 nes ha instituido superiores vuestros?

No olvidéis que *vuestros votos* no son una
 simple promesa de ser *castas, pobres y obedien-
 tes*. Según el sentir general de todos los auto-
 res, los *votos* forman *una donación real de sí
 mismo á Dios*, con obligación de observar los
 tres consejos evangélicos.

Por medio de *los votos*, una religiosa no se
 contenta con prometer *los frutos*, sino que en-
 trega también *la heredad* que los ha de produ-
 cir. «La religiosa, dice san Gregorio, no se re-

*serva nada; inmola al Todopoderoso la vida con
 todo su haber.*» Y añade san Basilio: «Cuando
 uno ha hecho profesión, debe conservarse para
 Dios como una cosa que se le ha dado; de tal
 suerte, que el que sustrae lo que así se ha con-
 sagrado á Dios, comete un sacrilegio.»

He aquí por qué *los votos religiosos* encie-
 rran, en medio de su sencillez, toda la *adora-
 ción, la obediencia, el amor y la humildad* que
 una criatura puede prestar á su Criador; la
 aproximan de la manera más íntima á los sen-
 timientos del mismo Jesucristo.

En estos *votos*, lo mismo que en el *acto* por
 el cual Jesucristo se ofreció á su Padre, hay:

*El acto más profundo de adoración y el ma-
 yor homenaje* que puede prestarse á la suprema
 Majestad y al poder de Dios.—Jesucristo, Dios-
 Hombre, en el mismo hecho de ponerse bajo
 la dependencia absoluta de Dios, su Padre, al
 que es igual como Dios, le reconoce por el Sér
 más grande, el más santo, el más poderoso, el
 único Sér dueño de todas las criaturas.

Un acto de la más generosa obediencia á la
 voluntad de su Padre, á pesar de todo lo que
 esta voluntad pueda tener de penoso y rigu-
 roso.

Un acto del más perfecto amor. Jesucristo
 consagra su vida á aquel de quien la recibe, y
 se entrega á su beneplácito, dejándole la liber-
 tad de hacer de él lo que quiera. ¿No es ver-
 dad que se necesita amar mucho para ponerse
 en tal sujeción solamente por amor?

Un acto de la más profunda humildad.
 Jesucristo se reduce al estado de víctima des-

tinada á ser consumida y destruída, aniquilándose voluntariamente para dar á su Padre la gloria que le habían arrebatado, y entregándose á su justicia *como si fuera pecador*, es decir, el ser más miserable.

Un acto de la más dilatada caridad. Jesucristo se sacrifica así por los hombres culpables; se pone en su lugar, padeciendo lo que ellos debían padecer, para librarlos del infierno y restablecerlos en los derechos que tenían á la herencia del cielo.

Ved ahí el espíritu religioso, el espíritu que debe animaros desde el momento que hacéis los votos, y sin el cual no sois religiosas más que de nombre.

Está compendiado en estas palabras: *abnegación, dependencia, renunciación*, y puede decirse del que lo posee que sólo toca á la tierra por necesidad, pues siempre está dispuesto á sacrificar bienes, amigos, parientes, patria, reputación y hasta la misma vida en cuanto lo exigen los intereses de Dios; no escucha ni sigue para nada los movimientos de la naturaleza corrompida, sino que se entrega completamente á las impresiones de la gracia, dejándose gobernar por el espíritu de Dios, y rigiéndose en todo por principios sobrenaturales; con absoluta confianza deja á Dios que disponga de su vida, de sus actos en todos los momentos del día, así como de su muerte y del género de muerte; acepta de antemano las humillaciones, las penas, las decepciones, las enfermedades que quiera enviarle, y hasta bendice la mano de que Dios se sirve para herirle;

se presta á todo y á todos para hacer el trabajo impuesto por los superiores sin fijarse en las dificultades, deseando ayudar á los que lo necesitan, aliviar las penas de los demás, aun á costa del propio reposo, para procurar á todos alegría y paz; en una palabra, en todos los momentos de su existencia repite á Dios y á los que Dios le ha dado por superiores: *Heme aquí para hacer vuestra voluntad.*

Así es como vive, piensa y obra la religiosa que está penetrada del espíritu de su vocación; ha comprendido lo que decía cuando pronunció los votos.

El espíritu de Jesucristo está en ella y la penetra, la anima, le da impulso; por eso obra con suma paz, con alegría, y á veces con entusiasmo.

Mas para llegar á esto es menester que antes haya *peleado buena batalla* y triunfado de las razones insidiosas del demonio, que tan fácilmente turban el espíritu y abaten el ánimo.

II

Práctica del espíritu religioso.

Puesto que *el espíritu religioso* no es otro que *el espíritu de Jesucristo*, debemos hallar toda su perfección en los pensamientos, palabras y acciones de Jesucristo.

Jesucristo es *para todos el camino* que nos conduce al cielo; la *verdad* que nos muestra el camino del cielo; la *vida* que nos empuja por

el camino del cielo; el *modelo* que debemos imitar para ser admitidos en el cielo.

Y si Jesucristo es todo esto para *todos los cristianos*, lo es de una manera más estricta para *vosotras, religiosas*, que lo habéis dejado todo para seguirle, y que os habéis unido á El para ser sus siervas.

Como Jesucristo es Dios, hay en todos sus pensamientos y acciones una *perfección* que nosotros jamás conseguiremos; pero podemos y debemos *seguirle de lejos*, procurando acercarnos cada vez más. San Pablo quiere que seamos sus *imitadores, como él lo fué de Jesucristo*; quiere, sobre todo, que tengamos los mismos sentimientos y las mismas disposiciones que *Jesucristo*. (Phil., II, 5.)

He aquí los sentimientos y las disposiciones de Jesucristo que pueden servirnos de regla para la práctica de la vida religiosa:

Jesucristo *no se buscó nunca á sí mismo*; jamás obró por sus intereses personales, ni temporales, ni espirituales. Nunca hizo cosa alguna por agradar á los hombres, así como tampoco se abstuvo jamás de ninguna acción buena por temor de desagradarles. *Dios sólo, su gloria y su voluntad* fueron los únicos objetos de sus pensamientos y de sus sentimientos, la única regla de su conducta. *Todo*, absolutamente todo lo *sacrificó* á los intereses de su Padre.

Jesucristo cimentó y fundó la *piedad* en las *disposiciones interiores*, no en sentimientos vanos é ilusorios, sino en sentimientos sinceros, eficaces, seguidos siempre de la obra;—en la pronta disposición de su ánimo á sacrificarse

por Dios, anonadarse continuamente á sí mismo, y ejercer una caridad sin límites con los hombres. Todos los instantes de su vida los consagró al cumplimiento de esta triple disposición. No descuidó la observancia de ningún punto de la ley, pero al mismo tiempo declaró con sus sermones y ejemplos que esta observancia debía proceder de un principio interior de amor, y que la práctica sola de la letra era propia de esclavos y no de hijos de Dios.

Jesucristo consideró siempre *la vida presente como un paso, una peregrinación, tiempo de prueba únicamente destinado á manifestar su amor á Dios*. Siempre se ocupó en lo eterno, dando á la naturaleza lo necesario sin excederse jamás. Aunque nada tuvo y, en cuanto á las necesidades del cuerpo, dependía continuamente de la Providencia, nunca se inquietó por el día de mañana, y quiso experimentar más de una vez los efectos de la pobreza.

Jesucristo abrazó *voluntariamente lo que más pena causa á los hombres*, y á lo que sólo se someten por la necesidad de su estado. En absoluto no reprobó las riquezas, pero para sí prefirió la pobreza. No condenó las jerarquías ni las distinciones de honor que el mismo Dios ha establecido entre los hombres, pero enseñó que el estado humilde y obscuro, desnudo de toda especie de consideración, era más agradable á Dios y más favorable para la salvación; enseñó también que tenerse en más que á los otros por haber nacido grande, noble, poderoso, ó por tener autoridad sobre ellos, es un error y el origen de muchas faltas. A excep-

ción de los placeres naturales que el Criador ha unido á ciertas acciones, y cuyo uso está sometido á las más severas reglas, despreció absolutamente todos los demás géneros de placeres que con tanto ardor se buscan, y se privó aun de los más inocentes. El trabajo, las excursiones apostólicas, la oración, la instrucción de sus discípulos y de los pueblos llenaron todos los momentos de su vida.

Jesucristo fué *bueno para todos*, bueno con los niños, bueno con sus discípulos, bueno sobre todo y lleno de tierna compasión con los que padecían, y aun con los que eran desgraciados por su culpa; admira verdaderamente la bondad que usó con la Magdalena, con la mujer culpable, con la Samaritana. El es el Padre del hijo pródigo; es el buen Pastor que corre tras la oveja descarriada; es el caritativo Samaritano.

Jesucristo *soportó con mansedumbre inalterable los defectos y la rusticidad de sus Apóstoles*. Considerando las cosas según nuestras ideas, ¿cuánto no padecería por haber de vivir con hombres tan imperfectos y tan ignorantes de las cosas de Dios? El trato con el prójimo es quizás una de las cosas más difíciles y que más cuesta á los santos. Cuanto más unidos están con Dios, más condescendencia necesitan para rebajarse y acomodarse, para disimular y excusar en los demás los mil y mil defectos que ellos ven mejor que nadie. Este punto es de continua práctica, y de la conducta que respecto de esto se observa, depende que aparezca la virtud amable ó repulsiva.

Jesucristo *padeció de parte de sus enemigos todo género de persecuciones*, y las sufrió con paciencia. Llegada la hora en que debía entregarse en sus manos, dejó libre acción á las pasiones, que consideraba como instrumentos de la justicia divina. Se calló cuando los vió obstinados en su malicia; le hubiera sido fácil justificarse, y no lo hizo; se dejó condenar; les dejó que se gozaran en su ilusorio triunfo; los perdonó, rogó y derramó su sangre por ellos.

He aquí en pocas líneas *la práctica del espíritu religioso*, y esta práctica no es la que las ilusiones van á mostrarnos como *impracticable, insufrible, molesta*; antes bien es sencilla, fácil de comprender y de practicar. Todo está reducido á estas palabras: *Mirad, y haced según este modelo*. No hay nada en este cuadro que exceda á la fuerza humana auxiliada por la gracia; y si Jesucristo tuvo que padecer dolores inauditos, *no los buscó directamente, sino que los aceptó*, y Dios los calculó según la medida de sus divinas fuerzas. De la misma manera obrará Dios con vosotras siempre que os envíe una prueba.

Este espíritu religioso lo poseen aquellas almas grandes que son tan felices en el claustro, lejos de las fiestas humanas, á la cabecera de los enfermos, al lado de los pobres, de los niños, lejos de todas las alegrías y honores humanos. Ved el retrato que de ellas hace un piadoso y santo Obispo. ¡Ojalá que cada cual de vosotras pueda reconocer el suyo en esta elocuente página!

«La religiosa es una alma noble, grande, ge-

nerosa, que responde con gratitud y amor á la elección de Dios, al llamamiento de su divino Esposo, que, á imitación de los primeros Apóstoles, abandona por El sus barcas, redes, intereses temporales, patria, familia, sus más dulces y apacibles hábitos, y sólo oye en el fondo del corazón la voz que la ha seducido.

»Es una alma que, con la sencillez de los primitivos tiempos, va á depositar á los pies del divino Maestro, no sólo los bienes caducos que con gusto le sacrifica, sino también sus más caros afectos, su corazón, talento, voluntad y libertad toda entera; que, holgándose de su desnudez, querría tener más que ofrecer para embellecer aún más su sacrificio.

»Es una alma que, después de haberse decidido resueltamente y puesto una vez su mano al arado, no vuelve la vista atrás; y libre del fango del mundo, no quiere manchar de nuevo los pies. Sabe que cuesta mucho seguir á un Dios crucificado; ha sopesado la cruz, se ha probado la corona, ha gustado el cáliz, ha visto la columna, los azotes, los cordeles, los ultrajes inferidos á Jesús; pero desde la cima del Calvario ha levantado las manos al cielo y allí ha visto el trono del Cordero, ha oído el concierto de los ángeles, han llegado á sus oídos las armonías de las arpas de oro que repiten *el eterno hosanna*; ha visto á las vírgenes vestidas con sus rozagantes y blancas túnicas, á los mártires que regaron la tierra con su sangre, los coros de bienaventurados de toda edad, sexo y condición, que en el mismo miserable suelo, rodeados de los mismos peligros,

trunfaron del mundo y de sí mismos. Ante ese espectáculo su corazón ha cobrado aliento; el alma, transportada de júbilo, esperanza y entusiasmo, ha exclamado:

»Sí, Dios mío, soy vuestra, quiero serlo; os seguiré siempre á todas partes hasta el último suspiro; marcharé sin detenerme; correré, volaré si vuestra bondad me sostiene, me anima, me lleva; sí, quiero ser *perfecta*; lo quiero, lo seré, pues Vos habéis dicho, Salvador mío, que lo concedíais *todo* á los que lo pedían *todo*, y yo no quiero poner límites ni á mis deseos ni á mis peticiones.» (Mons. Angebault.)

No escuchéis, pues, la voz del demonio, cuyas palabras falaces vamos á descubrirlos; oid y seguid á Jesucristo que es *el camino, la verdad, la vida*.

III

Cómo nos muestra la ilusión el espíritu religioso.

I. La ilusión nos muestra *el espíritu religioso con su abnegación, dependencia y renuncia absoluta como impracticable á la naturaleza humana, porque se opone á todo lo que pide la naturaleza*.

«Renunciarse, nos dice la ilusión, es no pertenecerse, es ponerse bajo la dependencia, *no de Dios*, de quien directamente se aceptaría sin murmuración *la enfermedad, la pérdida de la fortuna*, sino bajo la de una *criatura* que indudablemente ocupa el lugar de Dios, pero que es acaso tan miserable como nosotros; de

007403

una *criatura* que puede á veces obrar con respecto á nosotros inducida por prevención ó antipatía.

«*Renunciarse* así es vivir en continua sujeción para la *inteligencia*, que no ha de atreverse ya á ocuparse en lo que le agrada; para el *corazón*, que no debe ya aficionarse á ningún sér; para los *sentidos*, que ya no deben vivir sin freno; en una palabra, es la destrucción de todo el sér.»

Palabras engañosas. No, la renuncia que pide el *espíritu religioso* no es opresión, ni continua traba; no es la destrucción, ni de la *inteligencia* ni del *corazón*; sólo destruye, reprime y sujeta lo que *malearía* los dones que nos ha hecho Dios.

El *espíritu religioso* deja que la *inteligencia* brille con todo su esplendor; que el *corazón* goce con todo el ardor de sus afectos; que los *sentidos* se explayen dentro de los límites trazados por la ley de Dios. Pero los modera, dirige y purifica.

La *renuncia* que pide el *espíritu religioso* es el *servicio de Dios* en toda su extensión, y *servir á Dios es reinar*; es la sumisión del discípulo á su venerado maestro, del vasallo á su estimado príncipe, del hijo á su amado padre, del amigo á su querido amigo.

Mas para comprenderlo en toda su realidad es menester haberse entregado á Dios por completo; es menester haberse sacrificado sin reserva, como se sacrificó Jesucristo, como se sacrificó María, como se sacrificaron todos los santos, uno de los cuales decía: *¡Me habéis en-*

gañado, Señor! Me hablabais de yugo en vuestro servicio, y no he hallado sino libertad; me hablabais de penas, y no he hallado sino felicidad.

Por otra parte, es preciso que la abnegación, dependencia y renuncia que forman la esencia del *espíritu religioso* sean practicables, puesto que el mismo Jesucristo las impone á todos los que quieren seguirle: *Si alguno quiere venir en pos de mí, renúnciese á sí mismo, tome su cruz y sigame.* Lo que Dios pide no puede ser imposible. ¡Ah! ¡pobre religiosa, que tan duro encuentras el yugo que el divino Maestro llamaba *suave y ligero!* ¿le llevarías sólo por fuerza ó por hipocresía? ¡Oh! ¡en ese caso ya comprendo las tristes palabras que se escapan de tus labios!

Es preciso, además, que esta abnegación, dependencia y renuncia sean *practicables*, puesto que todos los *santos*, es decir, todos los que han sido perfectos cristianos y fieles religiosos las han practicado, y sólo practicándolas se han hecho *santos*. Leed sus vidas, y veréis que la primera cosa que hicieron en cuanto recibieron el impulso de la gracia, fué *sacrificarse á Dios*; y, por consiguiente, Dios tomó posesión y dispuso de ellos como le plugo para su mayor gloria. A unos los empleó en la oración continua, reservándoselos para sí solo y separándolos enteramente de las demás criaturas; quiso que otros llevasen su nombre por el mundo y le diesen á conocer y amar; á otros confió el cuidado de los enfermos, de los niños, de los pequeñuelos, de los moribundos; quiso que

unos viviesen pobres, desconocidos, despreciados, y otros abrumados bajo el peso de la más profunda miseria ó de continuas enfermedades.... Pero todos, todos, para conseguir el gozo eterno del cielo, todos han repetido con alegría y han practicado en todas las situaciones de la vida estas palabras de Jesucristo: *¡Heme aquí, Señor, para hacer vuestra voluntad!*

II. La ilusión nos muestra el espíritu religioso con su abnegación, dependencia y renuncia como intolerable, porque reclama continua sujeción.

1.º La religiosa al abrazar su estado sabe que existe esa sujeción; la ha aceptado voluntaria y generosamente; la ha soportado por mucho tiempo con alegría; responde á la necesidad del corazón que se entrega á Dios y quiere *materialmente sentir* que se ha entregado. Y en efecto: ¿qué corazón amante de veras no ha sentido la necesidad de probar su amor por medio de la abnegación y dependencia que constituyen el espíritu religioso? Y mientras el corazón se conserva amante, nunca jamás se queja de la sujeción que su amor le impone.

Y á vosotras, que ahora dais oídos á la voz del demonio, ¿os parecía *intolerable* el espíritu religioso con toda su abnegación y dependencia absoluta, en los primeros años de vuestra vida religiosa? Entonces teníais que reprimir los arranques de vuestro corazón, que se manifestaban en deseos de padecer, padecer mucho y siempre; entonces os tenían que prohibir

la lectura de aquellos libros en que los santos dejaron escritas sus palabras ardientes y los actos heroicos que hubierais querido imitar; el yugo de Jesucristo era el mismo que hoy, y entonces no lo encontrabais *intolerable*. ¡Ah! la que no es la misma es vuestra piedad, ni vuestra pobre alma, que ha decaído.

Mirad á vuestro alrededor, y preguntad á aquellas de vuestras hermanas que han permanecido fieles á sus deberes, y cuya fidelidad vosotras mismas estimáis, preguntadles si la sujeción de su vida, completamente entregada á la voluntad de Dios, les es dura y pesada, y si quisieran retractarse de la donación que han hecho de sí mismas. Preguntadles si esa vida que á vosotras os parece *intolerable* no les proporciona á ellas abundantes consuelos; si una visita al Señor no las compensa de todos los padecimientos; si no gozan de *aquella paz* que, según la expresión de san Pablo, *sobrepaja á todo entendimiento*, y que es un anticipado gusto de las delicias celestiales. No hay un solo religioso que en la vida religiosa no haya experimentado delicias en relación con su generosidad; ni uno sólo que no considere como una felicidad, que nunca podrá agradecer á Dios debidamente, el día en que se le permitió pronunciar los votos y sacrificarse plenamente; ni uno sólo que, como san Agustín, no se lamenta de haber empezado demasiado tarde á amar á Dios y consagrarse á El.

2.º El espíritu religioso, con su abnegación, dependencia y renuncia, se va haciendo poco á poco realmente *intolerable* al alma que

rehusa algo á Dios. Ya no está firmemente resuelta á ser fiel hasta en las cosas más minuciosas; quiere arreglarse con Dios, y le concede ciertas cosas rehusándole otras; pone límites á su abnegación y le parece que hace ya bastante; procura conciliar, hasta cierto punto, sus satisfacciones con lo que la gracia le pide. ¿Cómo es posible que, obrando así, no sienta toda la pesadez de un yugo que lleva ella sola? Se aleja de Dios, y el yugo de Dios que aceptó al pronunciar los votos, lo lleva consigo y se le hace *pesado*, porque Jesús, á quien ella obligó á retirarse, ya no está á su lado para ayudarla á llevarlo.

Acércate, pues, á Jesucristo, y ponte á la par con El; no seas mezquina con Jesucristo, y El no lo será contigo; no uses de frialdad con Jesucristo, y El no la usará contigo. Amale, ámale mucho, y El te amará también. ¿No se te hace dulce el trabajo cuando lo haces por una persona á quien amas y de quien eres amada?

III. La ilusión nos muestra el espíritu religioso con la abnegación, la dependencia y la renuncia que impone, como una molestia que irá creciendo durante toda la vida, y que se hará cada día más dura á medida que sobrevengan los achaques propios de la edad.

¡Oh! ¡cuán mal conocéis á Dios! ¿Teméis acaso que abuse de la donación que le habéis hecho de vosotras mismas, tratándoos como pudiera hacerlo un amo duro y sin compasión? ¡Oh! es menester repetirlo: muy poco conocéis á Dios, y ultrajáis grandemente su amor con tal pensamiento.

¿Es acaso Dios un tirano que se complace en atormentar á su criatura, y que lo hace de un modo particular cuando ella se ha entregado á El generosa y completamente? Lo que de nosotros exige, ¿no es para nuestro propio bien? ¿Para qué necesita de nuestra abnegación y qué provecho saca de ella?

¡Oh! Descansemos tranquilamente en su santidad, y bondad; sólo nos pedirá lo que podamos darle con el auxilio de su gracia. Lo que de nosotros quiere, hará que lo queramos también; y cuando se trate de alguna pena extraordinaria, nos inclinará poco á poco á quererla, aceptarla y sufrirla. Con las almas que le aman no usa Dios de medios violentos, y para determinarlas á someterse sólo emplea la dulzura y la fuerza del amor.

Por otra parte, el ser así servido, interesa á su mayor gloria; y como Dios no quiere una obediencia forzada, para que sea libre exige ante todo la abnegación de nuestra voluntad.

¿Teméis tal vez que por esta misma abnegación sin límites os envíe Dios algunas cruces que sin ella no os las hubiera enviado?

Oid lo que sobre eso dice el P. Grou: «Las cruces que Dios os haya de enviar las elegirá El mismo, no vosotras, y las preparará y os las enviará según los designios de santificación que tenga sobre vuestras almas. Lo que os las proporcione no serán, ni vuestros temores ni vuestras aprensiones, y el espíritu religioso os anima sencillamente á aceptar la cruz que Dios os envíe, á bendecirla, á amarla en sí misma y

á esperar de ella el grado de santidad á que sois llamadas.

No sabéis cuál es *la cruz* que Dios os enviará, pero sabéis que os es necesaria por lo mismo que Dios os la envía. Si no la aceptáis, corréis el peligro de perderos, ó á lo menos el de no llegar á la perfección que Dios os exige; y si á pesar de la cruz os salváis, será por el dolor de no haberla aceptado.

Y aceptándola de antemano, aun sin conocerla, os disponéis para que, cuando se presente, podáis llevarla con gran provecho de vuestras almas y hasta haciéndoseos menos pesada.

IV

Cómo la ilusión destruye el espíritu religioso.

Si no se combate por medio de la oración y de las reflexiones que acabamos de sugerir, la ilusión que nos muestra el espíritu religioso como *impracticable, intolerable y molesto*, acabará por introducir en el alma religiosa *el espíritu del mundo*, del que ha querido Dios sustraerla, llamándola á unirse con él por medio de los tres votos de obediencia, pobreza y castidad; ese espíritu que se gloriaba san Pablo de no tener: «*En cuanto á nosotros, no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el de Dios.*» (I Cor., II, 2.)

He aquí algunas de las señales por donde puede conocerse que ese espíritu ha penetrado en el alma de una religiosa:

1.^a *Se ocupa en las cosas del mundo*, pen-

sando en él de continuo, no involuntariamente y á pesar suyo, como les sucede á las más piadosas, sino voluntariamente y con propósito deliberado.

Quiere saber todo lo que se dice ó hace en las familias y en las reuniones públicas; se ingenia para informarse con prontitud y seguridad, y busca con avidez cualquier papel que pueda ponerla al corriente de todo. Los libros ascéticos la fastidian, y las vidas de los santos la disgustan: dicho se está que no desea leer libros sospechosos, pero quiere lecturas *recreativas*, que distraigan. ¡Y la pobre se queja de que no puede hacer oración!

2.^o *Habla del mundo*.—Esta es una de las señales que da san Juan para discernir los espíritus que no son de Dios. *Son del mundo*, dice, y *hablan del mundo* (I Ep., cap. v, vers. 5). Si durante el recreo recae la conversación sobre materias espirituales, permanece muda, no sabe qué decir, ni encuentra nada ni en su memoria ni en su corazón; pero si se trata de cosas del siglo, su espíritu se despierta, se anima, brilla y centellea, se echa de ver que habla de lo que abunda en su corazón. Tal vez las demás se ríen y la oyen con gusto, pero, cuando se acaba el recreo, las hermanas que la han escuchado, y aun admirado, experimentan un malestar indefinible: *su conversación no les ha dejado nada, y quizá les ha quitado algo.*

Verdad es que no habla siempre de Dios la religiosa que está animada del espíritu de Jesucristo; pero sus graciosos chistes, felices ocurrencias y divertidas anécdotas recrean, ex-

citan inocente hilaridad; y nada quitan al recogimiento, ni á la paz ni á la caridad; han pasado por una alma en que reside Jesucristo, y nos traen algo celestial, como el suave cefrillo que, á través de las flores, llega á nosotros saturado de fragancia.

3.º *Piensa y juzga como el mundo.*—Para ella, como para los mundanos, los elementos que constituyen la felicidad son: la fortuna, la belleza, el talento, el linaje, las dignidades. Merecen preferente atención los finos modales, el saber presentarse y las relaciones con las personas conocidas.

Prospera y medra una comunidad cuando tiene individuos que pertenecen á familias ricas, y es digna de lástima cuando sólo recibe personas de humilde nacimiento, sin otro haber que la piedad. La piedad es, sin duda, muy buena, pero no debe absorber el espíritu....

¡Pobre religiosa! ¡Qué mal se habría hallado, en compañía de Jesucristo, con los pobres y groseros pescadores que el divino Maestro había elegido!

4.º *Ama y detesta lo que ama y detesta el mundo.*—Todo lo que huele á desatención ó humillación la irrita; no se aviene á ocupar el último puesto, á llevar un hábito más usado que el de las otras, á sufrir una negativa, á ver que se hace poco caso de su parecer y que la posponen á otra hermana más joven. Sentiría muchísimo que no la tuvieran por persona de talento, pero también que la estimasen únicamente por ser piadosa y regular.

Quando va al locutorio procura arreglarse

de manera que pueda parecer bien á las personas del mundo, á fin de que puedan decir que *está bien*. ¡Infeliz! No comprenderá nunca estas palabras de la *Imitación*: *Desea que te desprecien y tengan en nada*.

¡Oh! Si en estas líneas, religiosas á quienes Dios ha enviado este libro, reconocéis algún rasgo que reproduce lo que á vosotras os pasa, postraos en seguida á los pies del crucifijo y decidle á Jesucristo con el acento de san Pedro cuando se vió á punto de anegarse: *¡Salvame, Señor, salvadme!*

5

Como resumen y complemento de estas páginas sobre *el espíritu religioso*, reproduciremos un cuadro trazado por un misionero apostólico para los ejercicios que daba á las religiosas:

Caracteres de la religiosa dirigida por el espíritu de Dios, y de la religiosa dirigida por el espíritu del mundo.

I

La religiosa en su interior.

I.º—ESPÍRITU

La religiosa piadosa piensa y juzga con Jesucristo que la verdadera felicidad consiste en